

Nuria Calduch-Benages

LA PALABRA CELEBRADA

Explicación bíblica de las lecturas
de todos los domingos y fiestas

Domingos 27 a 34

(Jesucristo, Rey del Universo)

tiempo ordinario, ciclo C

Del 2 de octubre al 20 de noviembre de 2022

TIEMPO ORDINARIO

Domingo 27 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Habacuc 1,2-3; 2,2-4

El justo vivirá por su fe.

El profeta Habacuc ejerció su ministerio profético probablemente en el tiempo del rey Joaquín (ca. 605-598 aC), un monarca despótico e inepto que paralizó la reforma religiosa iniciada por su padre Josías. El pueblo vive un periodo de injusticia e iniquidad, siempre a merced de las alianzas con Egipto y Babilonia. Cuando finalmente Joaquín decidió rebelarse al gran Nabucodonosor, se desencadenó la catástrofe: Jerusalén fue asediada en el 589 aC y el rey murió en aquella circunstancia.

Ante esta situación dramática, Habacuc no se resigna. No entiende el destino de su pueblo que pasa de un opresor a otro ni tampoco el papel de Dios en la historia. Así pues, en lugar de callarse, interpela, cuestiona, protesta e incluso se enfrenta a Dios en una serie de diálogos recogidos en la primera parte del libro (1,2-2,20).

En nuestra lectura Habacuc se lamenta por la violencia, el dolor inocente y la injusticia que afligen a su país, un país sin ley y sin derecho (1,2-4). El drama del mal en la historia interpela la fe, la cual tiene una única certeza: la última palabra es la fidelidad a Dios. El «¿hasta cuándo?» no es expresión de falta de fe sino súplica ferviente para que Dios intervenga. Y Dios responde con una visión que el profeta tiene que registrar por escrito, en escritura legible (2,2-3). La visión se resume en un oráculo memorable: «El injusto sucumbirá (en el leccionario: 'tiene el alma hinchada'), pero el justo vivirá por su fe» (2,4). Esta última frase fue citada por Pablo como argumento fundamental en su carta a los Romanos.

Segunda lectura: 2 Timoteo 1,6-8.13-14

No tengas miedo de dar la cara por nuestro Señor.

Conocida como «el testamento espiritual de Pablo» (expresión utilizada también en referencia a su discurso ante los ancianos de Éfeso en Hch 20,18-35), la segunda carta a Timoteo contiene una serie de consejos y recomendaciones destinados a su discípulo Timoteo, su más estrecho colaborador. Las circunstancias, sin embargo, han cambiado respecto a la primera carta. El apóstol, encadenado en la prisión romana (1,17; 2,9), se encuentra al final de su carrera (4,7) y se siente con el deber de animar a su joven discípulo a mantenerse fiel al ministerio y a conservar la sana doctrina.

Pablo recuerda sobre todo el carisma particular de la vocación apostólica (cf. 4,14), un carisma que también ha recibido Timoteo por medio de la consagración realizada con la «imposición de las manos» (1,6) de parte de Pablo y de todo el colegio de los presbíteros (4,14). Esta gracia ministerial se realiza en tres actitudes características: la fortaleza, la caridad y la sensatez (1,7). Por ello, le exhorta a la audacia evangelizadora (1,8), a la madurez de quien sabe mantenerse firme en el ideal que aprendió del maestro (1,13) y a la fidelidad de guardar el «tesoro» (otras traducciones: precioso/buen depósito, hermosa tradición, bien preciado), o sea, el depósito de la fe que le ha sido encomendado (v. 14).

Evangelio: Lucas 17,5-10

¡Si tuviérais fe...!

Situada en la sección central del evangelio o «camino a Jerusalén», la página lucana de hoy pertenece a 17,1-10, una sección que reúne cuatro consignas de Jesús a los discípulos sobre diversos aspectos de la vida comunitaria. Omitiendo las dos primeras («evitar el escándalo» en los vv. 1-3a y «perdonar sin límites» en los vv. 3b-4), el leccionario se concentra en las otras dos: «tener fe» y «actitud de servicio». Son dos lecciones independientes expresadas en forma de *logion* (vv. 5-6) y de parábola (vv. 7-10).

La frase de Jesús nace de una petición sincera y espontánea de los apóstoles: «Aumenta nuestra fe». Ante el compromiso que conlleva seguir al Maestro, ante las dificultades del camino, esta invocación resulta natural y comprensible. Ahora bien, la respuesta de Jesús pasa por encima de la petición. En lugar de conceder lo que se le pide, imparte una lección sobre la omnipotencia de la fe. Y lo hace con un lenguaje imaginativo que todos conocían. Les habla de un grano de mostaza (símbolo de algo insignificante a la vista, pero lleno de vida y muy fecundo) y de arrancar una morera o sicómoro (frase hecha utilizada para expresar una hazaña sobrehumana).

Jesús ilustra el comportamiento del auténtico discípulo con una parábola más bien fastidiosa por su sesgo «capitalista». Pero hay que ir a fondo para descubrir su mensaje. Jesús amonesta a los que siempre están a punto de presentar a Dios la factura de los servicios realizados, pues hacerse discípulo o apóstol exige una dedicación plena a la misión, una entrega sin reservas y a tiempo pleno, sin regateo de horario, esfuerzo y sacrificio. En el contexto la expresión «siervos inútiles» no significa «siervos ineptos» sino «simplemente siervos» (y no amos); por consiguiente, su misión es servir. Mejor todavía, «auténticos siervos» que disfrutan haciendo lo que tienen que hacer.

Domingo 28 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: 2 Reyes 5,14-17

Volvió Naamán a Eliseo, y alabó al Señor.

Los capítulos 4–6 del segundo libro de los Reyes narran las hazañas milagrosas del profeta Eliseo, a quien el autor se suele referir como el «hombre de Dios». La primera lectura (5,14-17) evoca la curación de Naamán, pero solo se puede entender si se lee la narración entera (5,1-27). En ella se distinguen dos partes: vv. 1-19 (Eliseo cura a Naamán de la lepra) y vv. 20-27 (Ghehazi, el criado de Eliseo, es castigado por su avaricia). Nos centramos en la primera, pues a ella pertenece nuestro fragmento.

La historia narra la conversión y el «bautismo» de un pagano. Se trata de Naamán, general del ejército del rey de Siria, que enfermó de lepra, una enfermedad incurable en aquel entonces. A partir de este momento, inicia un camino fatigoso para Naamán que está dispuesto a hacer lo que sea con tal de curarse. Va de un lado a otro: del rey (v. 6) al profeta (vv. 8-9) y del profeta a su siervo (v. 10); de los maravillosos ríos de Damasco (v. 12) al pequeño Jordán (v. 14). Sueña con poder curarse gracias a un espectacular ritual mágico y acaba realizando un simple gesto de inmersión en un río insignificante: Naamán se bañó siete veces en el Jordán, tal como le había ordenado Eliseo, y al acto quedó completamente curado. Quiere pagar al profeta por sus servicios pero éste se niega, pues el don de Dios no se paga (v. 16).

Por medio de esta humillación y este acto de obediencia a un extranjero, Naamán no solo recobra la salud sino que se convierte a la religión de Israel. En el v. 15 escuchamos su magnífica confesión de fe en el Señor: «Reconozco que no hay otro dios en toda la tierra que el Dios de Israel». De este modo, Naamán se convierte en el modelo del auténtico creyente que profesa su fe en el Señor y celebra el culto auténtico (v. 17).

Segunda lectura: 2 Timoteo 2,8-13

Si perseveramos, reinaremos con Cristo.

Seguimos con la lectura de la segunda carta a Timoteo. Nuestra lectura empieza con un fragmento de un credo proveniente de ambientes judeo-cristianos que Pablo ha incorporado a su escrito: «Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos, nacido del linaje de David» (v. 8). Mesianismo davídico, muerte y resurrección son los tres elementos que componen esta profesión de fe que recuerda la de Rom 1,3-4. La expresión «mi evangelio» no se refiere a un evangelio de Pablo sino al evangelio

de Jesucristo, que él siempre ha anunciado y del que no se avergüenza. En este momento Pablo recuerda su pasión en la cárcel de Roma («encadenado como un malhechor»), una pasión que soporta por amor a «los elegidos», entiéndase los cristianos «para que ellos también alcancen la salvación de Jesucristo y la gloria eterna» (v. 10).

Los vv. 11-13 reproducen probablemente un antiguo himno litúrgico (cf. 1Tim 3,16; 6,15) utilizado durante el rito bautismal para expresar su significado teológico: la vida cristiana es una participación, que constantemente se renueva, en el misterio pascual de Cristo. «Si lo negamos...» se refiere a abandonar la fe. Cristo, sin embargo, permanece siempre fiel.

Evangelio: Lucas 17,11-19

¿No ha vuelto más que este extranjero para dar gloria a Dios?

Lucas empieza la última etapa del «camino a Jerusalén» con el episodio de los diez leprosos o del leproso agradecido (17,11-19), que tiene lugar de camino entre Samaria y Galilea. En aquella época los judíos y los samaritanos, hermanos enemistados por razones históricas, se consideraban mutuamente extranjeros. Si en otras ocasiones Jesús se ha mostrado compasivo con los samaritanos (9,51-56; 10,30-37), hoy es un samaritano quien muestra su agradecimiento a Jesús. El episodio se desarrolla en dos escenas: a) Jesús y los diez leprosos (vv. 11-14); b) Jesús y el samaritano (vv. 15-19).

La legislación era cruel con los leprosos. Los consideraba «impuros» y malditos por el cielo a causa de un pecado gravísimo. Apartados de todo contacto con la sociedad de los «limpios», solían agruparse en las afueras de los pueblos y ciudades para ayudarse a sobrevivir. Eran enfermos y además marginados. Diez de ellos salen al encuentro de Jesús y elevan su súplica: «Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros». Jesús pide a sus diez amigos un acto de confianza heroica: presentarse a los sacerdotes, tal como exigía la ley en estos casos, como si ya estuviesen purificados. Ellos obedecen y durante el camino «fueron sanados» (en el leccionario: «quedaron limpios») (v. 14).

Solo uno de ellos regresó para darle las gracias: el samaritano, el extranjero, el pagano. Y Jesús lo felicita por su acción: «Levántate, vete; tu fe te ha salvado» (v. 19). Fijémonos en un detalle: del único agradecido Lucas no nos dice que fue «sanado» (como sus compañeros) sino que fue «salvado». Todos son curados, pero uno solo (el samaritano agradecido) es salvado. La lección es clara: la salvación se ofrece a todos y en particular a los menos privilegiados.

Domingo 29 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Éxodo 17,8-13

Mientras Moisés tenía en alto la mano, vencía Israel.

En la travesía de los israelitas por el desierto (Ex 15,22–18,27), tal como nos cuenta el libro del Éxodo, el pueblo tiene que pasar por toda clase de dificultades, incluidas las de carácter militar. Así, después del episodio del maná y las perdicés (cap. 16) y del agua que brota de la roca (17,1-7), el autor narra la primera batalla de Israel después de la salida de Egipto (17,8-16). El enemigo que hay que vencer es Amalék, uno de los pueblos descendientes de Esaú (cf. Gn 36,12) y con el que Israel se enfrentará en numerosas ocasiones. En la tradición bíblica Amalék es el enemigo tradicional de Israel.

Israel es consciente de que su fuerza es el Señor. Sabe que aquel que les ha salvado del hambre y la sed durante su camino hacia la libertad también les va a proteger de los enemigos humanos y políticos. Por eso, en el centro de la escena militar se eleva la figura de Moisés orante que, ayudado por Aarón y Jur, reza, alzadas las manos, hasta el ocaso del sol. La mano/brazo de Moisés (y su vara) son signo de la fuerza del Señor. Moisés es el intercesor por excelencia: «Invocaba al Señor y él respondía» (Sal 99,6). Gracias a su intercesión, Josué, que después de la muerte de Moisés conducirá al pueblo a la tierra prometida, derrota a Amalék. El texto subraya la fuerza de la oración y la intervención decisiva del Señor: es Él quien da la victoria.

Segunda lectura: 2 Timoteo 3,14–4,2

El hombre de Dios estará perfectamente equipado para toda obra buena.

Prosigue la lectura de la segunda carta a Timoteo o testamento espiritual de Pablo con uno de los pasajes más célebres de la carta, sobre todo por el uso que de él se ha hecho en teología a propósito de la «inspiración» (o carácter sagrado) de la Biblia. Nos referimos a 3,16: «Toda Escritura es inspirada por Dios y además útil para enseñar, para reprender, para corregir, para educar en la justicia...» (cf. 1Pe 1,21). Al hablar de Escritura, Pablo evidentemente entiende el Antiguo Testamento (3,15), pero puede ser que el término incluya también los primeros escritos del Nuevo Testamento. De todos modos, lo que el apóstol quiere es celebrar la dimensión divina de la Palabra. El término griego *theopneustos* («inspirada por Dios», «divinamente inspirada») tiene sentido pasivo, lo cual deja entender que

el Espíritu Santo ha intervenido de modo misterioso, pero real, en la composición de los libros de la Biblia.

El conocimiento de la Biblia es indispensable, sobre todo para el «hombre de Dios» (cf. 1Tim 6,11), es decir, para Timoteo, y por extensión para todo cristiano en cuanto apóstol de Cristo y anunciador del Evangelio. El cristiano maduro y completo nace solamente a través de una adhesión fiel y constante a la Palabra de Dios (v. 17).

En los últimos versículos (4,1-2), escuchamos la voz insistente de Pablo que exhorta a Timoteo a no desfallecer (a permanecer fiel) en la lucha contra los enemigos de la «sana doctrina», predicando «a tiempo y a destiempo», es decir, con valentía y sin dejarse llevar de respetos humanos.

Evangelio: Lucas 18,1-8

Dios hará justicia a sus elegidos, que claman a él.

Antes de llegar a Jerusalén, Jesús cuenta a sus discípulos la parábola del juez y la viuda (Lc 18,1-8), una pequeña historia típicamente bíblica: la prueba de fuerza entre un juez sin conciencia y una pobre viuda, arquetipo de la persona indefensa y desamparada, que tiene razón y por ello esgrime su única arma, la incansable inoportunidad. Con esta parábola, Lucas quiere ilustrar uno de sus temas teológicos predilectos (la oración) a la vez que hace elogio de la paciencia activa o fidelidad perseverante, fuerza invencible de los débiles que no se refugian en el desaliento y la resignación. El relato se puede dividir en cuatro partes: una introducción, la parábola, su aplicación y, por último, una reflexión final.

La introducción resume el tema fundamental de esta enseñanza de Jesús, la perseverancia en la oración, con dos expresiones: una formulada en positivo, «orar siempre» y otra formulada en negativo, «no desanimarse» (v. 1). La parábola pone en escena a dos personajes: el juez y la viuda que reclama justicia. Uno es varón poderoso, inicuo y sin escrúpulos. Ella es una mujer pobre, indefensa y totalmente desprotegida. Gracias únicamente a su infatigable e inoportuna insistencia, consigue que el juez le haga justicia (vv. 2-5). Jesús utiliza esta historia para hacer reflexionar sobre la eficacia de la oración dirigida a Dios por medio de un razonamiento a fortiori: si un juez inicuo e injusto está dispuesto a ceder ante la insistencia de una pobre viuda, cuanto más lo hará el juez justo y perfecto que es Dios (vv. 6-8a). En otras palabras, el creyente puede tener la certeza de que Dios siempre escucha su plegaria. La reflexión final invita a un examen de conciencia (v. 8b).

Domingo 30 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Eclesiástico 35,15b-17.20-22a

Los gritos del pobre atraviesan las nubes.

Después de una larga sección dedicada al culto y a los sacrificios (34,21–35,13), el autor del libro del Eclesiástico o Sirácida (ca. 185 aC) continúa con una hermosa reflexión sobre la oración agradable a Dios (35,14–26), de la que hoy leemos algunos versículos.

La oración es uno de los temas favoritos del sabio Ben Sira, pues en su obra habla de ella en más de veinte ocasiones. Aunque abundan los consejos sobre el modo de orar, también contamos con algunos ejemplos concretos de oración tanto personal como comunitaria: oraciones de súplica (22,27–23,6; 36,1–17), de alabanza (42,15–43,33) y de acción de gracias (51,1–12). En los textos aflora la experiencia personal del sabio que «de mañana, con todo el corazón, se dirige al Señor, su Creador; derrama su súplica ante el Altísimo, abre su boca en la oración, y pide perdón por sus pecados» (39,5).

En nuestro texto Dios es descrito como un juez imparcial, que no hace acepción de personas ni se deja sobornar. Más aún, tiene una predilección especial por los más desheredados de la sociedad: los pobres y oprimidos, el huérfano y la viuda, el humilde. Su clamor es eficaz, pues el Señor escucha y acoge sus súplicas.

Segunda lectura: 2 Timoteo 4,6-8.16-18

Ahora me aguarda la corona merecida.

Se termina hoy la lectura de la segunda carta de Timoteo con un conmovedor pasaje. Es un testamento espiritual autobiográfico y personal del apóstol, del que el leccionario ha seleccionado un par de fragmentos.

En 4,6-8 Pablo utiliza un lenguaje metafórico para describir su existencia de apóstol totalmente consagrado al Señor y a la misión encomendada. Su vida ha sido ofrecida al Señor como una «libación» derramada sobre las víctimas de los sacrificios; el itinerario de sus años ha llegado al puerto definitivo después de surcar mares impetuosos y difíciles (la palabra griega *analysis*, «salida»), etimológicamente se refiere a la imagen de la nave que despliega las velas para iniciar el viaje); la «batalla» está llegando a su fin y la «carrera» en el estadio está a punto de alcanzar la meta, donde el corredor recibirá la «corona» en premio a su esfuerzo. Tres de las metáforas pertenecen al mundo del deporte, con lo cual se pone de

relieve el aspecto agonístico del cristianismo (cf. 1Tim 1,18; 4,7-8; 2Tim 2,4-5; 1Cor 9,24, entre otros).

En 4,16-18 el apóstol recuerda, con un lenguaje desolador, «la primera defensa» que posiblemente se refiere a la primera audiencia del nuevo proceso, durante el cual tuvo que defenderse solo ante los que le acusaban de «malhechor» (cf. 2,9). También en aquella ocasión el Señor le dio fuerzas para seguir anunciando el evangelio incluso a sus jueces y acusadores y le salvó de «la boca del león» (posible alusión a Nerón). Próximo a la muerte, Pablo se siente confortado porque tiene la certeza de que el Señor lo librará de todo mal y lo conducirá a su reino celestial. Aun en la tierra, se siente ya «ciudadano del cielo».

Evangelio: Lucas 18,9-14

El publicano bajó a su casa justificado; el fariseo, no.

La célebre parábola del fariseo y el publicano, exclusiva de Lucas, sirve de complemento a la del juez y la viuda que leímos el domingo pasado. Ambas nos ofrecen una reflexión sobre el tema de la oración, especialmente sobre la actitud que esta comporta. Si la parábola del domingo pasado elogiaba al orante que rezaba con insistencia, la de hoy destaca la actitud humilde y sincera en la oración.

Lc 18,9-14 expone en forma de parábola una idea recurrente en Pablo: nadie es justo por sí mismo (entiéndase por sus obras); todos necesitan ser justificados por la misericordia de Dios. Más aún, la parábola enseña cómo el ser humano deja de ser justo por el orgullo y es justificado por Dios en la humildad. El texto se compone de una breve introducción (v. 9), la oración del fariseo (vv. 10-12), la oración del publicano (v. 13) y la lección conclusiva (v. 14).

En la introducción, Lucas describe a los fariseos sin nombrarlos explícitamente con tres rasgos: se consideran justos por sus propias obras, se sienten seguros de sí mismos ante Dios y desprecian a los demás. En la parábola, la oración del fariseo confirma lo dicho. Dice el texto que, erguido, «oraba así en su interior». En griego, «oraba hacia sí», es decir, extasiado ante su propia santidad, pues se consideraba justo por mérito propio. Alardea de sus virtudes como si fueran objetos de su propiedad y desde su altura menosprecia a los demás, a quienes considera miserables pecadores, el publicano en particular. Por su parte, el publicano no esconde su condición. Se sabe pecador y lo reconoce. Con audacia y poco arte, balbucea una oración, mientras se golpea el pecho cabizbajo. Rubrica la parábola una frase que Jesús repetía con frecuencia: «El que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido», cuya glosa se encuentra en el Magnificat.

Domingo 31 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Sabiduría 11,23–12,2

Te compadeces, Señor, de todos, porque amas a todos los seres.

La tercera y última parte del libro de la Sabiduría (cap. 11–19) consiste en una larga meditación sapiencial sobre el Éxodo, en estilo cercano al midrás. En ella el autor ha querido incluir dos digresiones, una sobre la misericordia o filantropía divina (11,21–12,27) y otra sobre la polémica contra los ídolos (13,1–15,19). Nuestro texto forma parte de la primera.

Sb 11,23–12,2 es un espléndido pasaje sobre el amor invencible de Dios. El castigo de los egipcios ha sido muy duro pero no ha llegado al punto de exterminarlos definitivamente, porque Dios, como un padre bueno, ama a todas sus criaturas y no quiere su muerte sino que se conviertan y vivan (11,23–26). Comparado con Dios, el mundo entero no es nada. Es como «un grano de arena en la balanza» (cf. Is 40,15), como «gota de rocío mañanero» que se evapora en un instante, fugaz e inconsistente (cf. Os 6,4; 13,3). Sin embargo, Dios, «amante de la vida», de todos tiene compasión y a todos perdona. De hecho, todos los seres humanos llevan consigo la imagen de Dios que recibieron en el momento de la creación junto al soplo vital (12,1).

Esta es la imagen que el autor transmite: Dios es el Dios de la vida, un Dios que siempre crea y ama, un Dios que siempre confía en sus criaturas, un Dios apasionado por el perdón (12,2).

Segunda lectura: 2 Tesalonicenses 1,11–2,2

Que el Señor sea vuestra gloria y vosotros seáis la gloria de él.

Comienza la lectura de la segunda carta a los Tesalonicenses. La carta es fiel reflejo de una comunidad que espera como algo inminente la parusía («el día del Señor») y vive esta espera con gran ansiedad. Ante esta situación, el autor intenta tranquilizar a estos cristianos y hacerles entender que el Señor no está a las puertas y que por el momento han de seguir esperando sosegados pero activos, es decir, sin evadirse de las realidades de este mundo.

El leccionario reúne dos fragmentos que pertenecen a dos unidades distintas. Por un lado, 1,11–12 es la conclusión de 1,3–12 (el juicio de Dios, consuelo en la persecución) y, por otro, 2,1–2 es la introducción de 2,1–12 (la venida del Señor y los signos que la precederán). El primer fragmento es una oración del apóstol y el segundo un aviso.

En 1,11 se retoma el tema que se había interrumpido en el v. 4. Para que las persecuciones no comprometan la vida cristiana de los fieles de Tesalónica, el apóstol introduce su oración. En el ámbito de lo sobrenatural todo proviene de Dios, por eso la perseverancia en la fe y la caridad debe ser atribuida a él. En 2,1-2, el apóstol recomienda serenidad y realismo evangélico a una comunidad perturbada por inquietantes doctrinas escatológicas sobre «la última venida del Señor y nuestro encuentro con él». El Señor vendrá, pero su venida no es inminente.

Evangelio: Lucas 19,1-10

El Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido.

El camino de Jesús a Jerusalén llega a su término. Faltan pocos días para la cruz y Lucas nos invita a contemplar la imagen de Cristo Salvador de toda la humanidad, actuando en la conversión de Zaqueo. Después de la curación del ciego de Jericó que por su fe en Jesús recobra la vista (18,35-43), Lucas nos cuenta la historia de una conversión admirable, tan admirable como la del malhechor en el Calvario, o la de la pecadora en casa de Simón el fariseo. En el ambiente popular romano-helenístico en que él escribe, muchos pedían la salvación a los dioses, otros la esperaban del emperador. Lucas responde que la salvación viene del único Dios por medio de Jesucristo.

El relato de la conversión de Zaqueo se desarrolla en dos momentos: a) Zaqueo en el camino de Jesús (19,1-6a); b) Jesús en casa de Zaqueo (19,6b-10).

Jesús pasa por Jericó. Será la última vez. Jericó era entonces una ciudad opulenta, inmensa y monumental sobre un fondo de miseria. Comercio, lujo y placer para los ricos. Esperanza de limosna para los pobres. Zaqueo era rico, pues tenía una profesión tan rentable cuanto aborrecida por el pueblo: alto funcionario en el cuerpo de exatores de tributos. Zaqueo quería «ver a Jesús», una expresión de profundo significado teológico (cf. Jn 12,21). Sin temor al ridículo, corre y se sube a un sicómoro para verlo, pues era bajo de estatura. Jesús interpreta y trasciende la buena voluntad de Zaqueo. Su deseo se ha cumplido. Será su huésped.

Jesús va a casa de Zaqueo y «todos murmuraban» porque no podían entender que el Maestro comiera con un pecador. El contacto con Jesús despierta la conciencia de Zaqueo y le mueve a un gesto de solidaridad efectiva con los pobres: darles la mitad de sus bienes. Reconoce además haber cometido fraude y se impone a sí mismo la sanción de restituir el cuádruplo a las víctimas de la injusticia. La última frase del v. 10 recapitula el mensaje del relato: Cristo ha venido para buscar y salvar lo que estaba perdido.

Domingo 32 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: 2 Macabeos 7,1-2.9-14

El rey del universo nos resucitará para una vida eterna.

El segundo libro de los Macabeos no es, como se pudiera pensar, la continuación del primero sino una síntesis de una obra mucho más extensa, compuesta por un tal Jasón de Cirene de la que se perdió el rastro. De ella nuestro autor utilizó la introducción y la conclusión que consideraba indispensables para su obra: la prehistoria de la insurrección macabea, los acontecimientos que precedieron la muerte de Antíoco III (187-164 aC) y la celebración de la victoria de Judas Macabeo sobre Nicanor (164 aC). La narración de estos hechos está precedida por dos cartas independientes (2Mac 1,1-9 y 1,10-2,18) que revelan el objetivo de la obra: justificar, en el ambiente del judaísmo alejandrino, la celebración de la purificación del templo después de la victoria de Judas Macabeo.

En 2 Macabeos 6,18-7,14, el autor narra dos historias de judíos ejemplares que murieron mártires de la fe: el anciano Eleazar, uno de los escribas más queridos por el pueblo (6,18-31) y una madre de familia con sus siete hijos llamados «Macabeos» (7,1-42). Se les llamó así no porque fuesen de la familia de Judas Macabeo sino porque fueron martirizados en aquella época, quizás en Antioquía. Nuestra lectura recoge unos fragmentos de esta conmovedora historia que muestra cómo la esperanza de la resurrección es motivo eficaz de fidelidad heroica hasta la muerte. En 7,9 las palabras de la madre «el rey del universo nos resucitará para una vida eterna» (lit.: «a una revivificación eterna de vida») son una clara confesión de fe en la resurrección de los cuerpos de los justos. Téngase en cuenta que para el pensamiento hebreo, que no distinguía entre cuerpo y alma, la idea de una supervivencia implicaba la resurrección de los cuerpos.

Segunda lectura: 2 Tesalonicenses 2,16-3,5

El Señor os dé fuerza para toda clase de palabras y de obras buenas.

A los cristianos de Tesalónica, angustiados por la inminente venida gloriosa del Señor, Pablo les exhorta a no dejarse engañar por estos falsos anuncios (2,1-12). Prosigue con una sucesión de frases inconexas: da gracias por la vocación cristiana de los Tesalonicenses (2,13-14), les inculca fidelidad activa a la enseñanza recibida (2,15) y, por último, añade una oración por la perseverancia (2,16-17), con la que empieza nuestra lectura. De esta oración destacamos el énfasis en la iniciativa divina que siempre acaba ocupando el primer lugar en el pensamiento paulino:

«Dios, Padre nuestro, nos ha amado». El amor de Dios actúa independientemente de la iniciativa del ser humano, sin dejarse condicionar por él, y de forma gratuita.

A continuación, sigue una reflexión (3,1-5) que parece la primera conclusión de la carta. En ella el apóstol revela una vez más sus ansias e inquietudes apostólicas. Su misión ha sufrido amenazas de parte tanto de los judíos como de los paganos. También en Tesalónica se había encontrado con este problema y había tenido que escapar (vv. 1-2). De todos modos, la fidelidad del Señor y la buena voluntad de los Tesalonicenses hacen esperar que la comunidad se mantenga fiel en el futuro (vv. 3-5).

Evangelio: Lucas 20,27-38

Dios no es un Dios de muertos, sino de vivos.

El camino a Jerusalén ha llegado a término. Jesús pasa los últimos días antes de su pasión enseñando en el templo. Dirigentes religiosos de diversas tendencias entran en controversia con él. Ahora toca el turno a los saduceos, que eran pocos en número pero fuertes en influencia. Instalados en la alta clase sacerdotal, monopolizaban el régimen y la gestión económica del templo. Condescendientes con el poder romano y abiertos a las costumbres paganas, eran odiados por los fariseos que se creían baluarte del sentir nacional. Mientras estos defendían la resurrección de los muertos, los saduceos ridiculizaban a los que creían en ella.

Nuestra página lucana sigue el esquema de las «controversias jerosolimitanas» de Jesús que no solo contribuyeron a iluminar su doctrina sino que sirvieron de norma a la comunidad apostólica. El esquema consta de dos partes: a) presentación de los adversarios (en este caso los saduceos) y su mentalidad (20,27-33); b) réplica de Jesús (20,34-38).

A partir de la antigua ley del levirato (Dt 25,5-10), los saduceos se inventan un caso que provocaría en el más allá una insólita situación de poligamia. Una mujer se ha visto obligada a tener siete maridos. Cuando resuciten todos, ¿cuál será su marido? En primer lugar, Jesús corrige la falta de horizonte de los saduceos que imaginan la vida futura como una reproducción exacta de su existencia terrena, dejando entrever el misterio de la vida eterna (vv. 34-36). En segundo lugar, recurre al diálogo del Señor con Moisés desde la zarza ardiente (Ex 3,1-22), para afirmar la razón profunda de la fe en la resurrección. El Señor, fuente de toda vida, no deja a sus amigos en la muerte (vv. 37-38).

Domingo 33 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Malaquías 3,19-20a

Os iluminará un sol de justicia.

El libro del profeta Malaquías, el último libro de los Doce profetas menores, en realidad es una colección de oráculos proféticos de autor desconocido que podemos situar en el siglo V aC, en los años precedentes a la reforma de Nehemías y Esdras. El templo ya se ha reconstruido y mal que bien funciona; el culto se ha reanudado y los sacerdotes y levitas están organizados. Se podría hablar de los años que siguieron a la consagración del nuevo templo, o sea después del 515 aC. Era un tiempo de escepticismo e incertidumbre. Las esperanzas suscitadas por Ageo y Zacarías no se habían cumplido, pues la restauración nacional fue mucho más pobre que la que se había previsto y anunciado. El pueblo se sentía decepcionado y volvió a cometer los mismos pecados de antes ya sea respecto al culto ya sea en la vida cotidiana.

Malaquías afronta esta situación con decisión. Combate los problemas de su época, tanto los teóricos (amor de Dios, justicia, retribución) como los prácticos (ofrendas, matrimonios mixtos, divorcio, diezmo...) y lo hace por medio de una serie de diálogos que probablemente reflejan las controversias del profeta con su auditorio.

Hoy leemos los últimos versos de la sexta controversia: el escándalo del mal y la justicia de Dios (3,13-21). Después de un severo examen de conciencia colectiva, el profeta les invita a dirigir su mirada hacia «el día del Señor», una categoría profética que resume el juicio de Dios sobre la historia humana. Con un lenguaje de tonos apocalípticos (fuego, horno, paja), les asegura el triunfo de los justos y el castigo de los malvados por obra del Señor.

Segunda lectura: 2 Tesalonicenses 3,7-12

El que no trabaja, que no coma.

A punto de finalizar la carta, sorprende encontrar una dura requisitoria contra la ociosidad. El hecho es que algunos cristianos de la comunidad de Tesalónica, convencidos de que el fin de los tiempos era inminente, tomaron una actitud de apática indiferencia: se evadieron de sus responsabilidades, abandonaron el trabajo y se dedicaron a contagiar nerviosismo y malestar a su alrededor.

El autor apela al ejemplo de laboriosidad que les ha dado Pablo, quien, a pesar de su extenuante labor apostólica que le ocupaba la entera jornada,

no ha desdeñado trabajar con sus propias manos para no agravar la situación de las familias que lo acogían como huésped en sus casas (vv. 7-9). Dice el texto que «algunos viven sin trabajar, muy ocupados en no hacer nada» (otros traducen: «algunos viven ociosamente, sin otra preocupación que curiosearlo todo»). La ociosidad es madre de otros vicios: charlatanería, crítica, desorden, intromisión en los asuntos ajenos... Por eso, el apóstol reprende a los ociosos e indisciplinados de la comunidad y, en nombre del sentido cristiano de la convivencia, les exige orden, paz y laboriosidad (vv. 10-12).

Evangelio: Lucas 21,5-19

Con vuestra perseverancia, salvaréis vuestras almas.

Al igual que los otros evangelios sinópticos (Mc 13 y Mt 24–25), Lucas concluye la predicación de Jesús en Jerusalén con un «sermón o discurso escatológico» (21,5-38), donde recoge una antología de avisos y reflexiones del Maestro en torno a las realidades últimas (escatología). Toda la doctrina de Jesús está impregnada de pensamiento escatológico. Vivió y nos enseñó a vivir el tiempo dándole valor de eternidad, dejándonos una certeza: tras el último paso de cada vida y de la historia de todos tendrá lugar el encuentro trascendental y definitivo con Dios.

Desde la óptica de Lucas, el discurso escatológico es una meditación sobre la historia ambientada en el templo de Jerusalén. Es un texto difícil no solo por su contenido sino también por el uso de un lenguaje «apocalíptico», oscuro y simbólico. Empieza con una introducción que es la profecía de la destrucción del monumental templo de Jerusalén (vv. 5-7), signo de la caducidad de las instituciones y los valores temporales. Sigue la indicación de los signos premonitorios del fin del mundo: por un lado, la presencia de los falsos mesías y profetas; por otro, las guerras, revueltas, hambres, pestes, terremotos y fenómenos astronómicos o meteorológicos (vv. 8-11); a estas calamidades hay que añadir la persecución de los discípulos: traiciones, arrestos, interrogatorios y martirios (vv. 12-19). Hasta aquí la primera parte del discurso que coincide con nuestra lectura.

La segunda parte sigue con la descripción/profecía de dos acontecimientos: el primero es la destrucción de Jerusalén que tuvo lugar en el año 70 dC (vv. 20-24); el segundo es la venida gloriosa de Cristo al final de los tiempos (vv. 25-28) descrita con un lenguaje inspirado en los profetas. La reflexión final exhorta a estar siempre a punto de recibir al Señor (vv. 29-38).

En resumen, el discurso escatológico no es una previsión sobre el fin del mundo sino un mensaje de esperanza que nos invita a vivir con responsabilidad el presente.

Jesucristo, Rey del Universo

Primera lectura: 2 Samuel 5,1-3

Ungieron a David como rey de Israel.

A partir del cap. 2 hasta el cap. 8 del segundo libro de Samuel, el autor nos cuenta la historia del ascenso de David y su éxito arrollador que culmina con el traslado del arca a Jerusalén y la profecía de Natán que asegura al rey una descendencia perenne.

Nuestra breve lectura (5,1-3) narra la unción real de David en Hebrón, la ciudad de los patriarcas y su primera capital, después de una larga lucha contra Saúl. La unción de David como rey de todo Israel es el final de una larga historia iniciada en el primer libro de Samuel (cap. 6). David ha conseguido que por primera vez las tribus del norte y del sur, aun siendo dos grupos distintos, se unan bajo el mismo rey, constituyendo un único reino. «Hueso y carne tuya somos» (v. 1) traduce una expresión hebrea que designa los vínculos de parentela y la consanguinidad.

La frase principal del pasaje se encuentra en la segunda parte del v. 2: «El Señor te ha prometido: Tú serás el pastor de mi pueblo, Israel, tú serás el jefe de Israel». La imagen del pastor que apacienta su rebaño, frecuente en el mundo oriental, indica que la función de gobierno tiene por objetivo el bien de la nación. Jesús la utilizará, aplicándola a sí mismo, en la parábola del buen pastor (cf. Jn 10,1-8).

Una última nota: David, al igual que Saúl, es caudillo, jefe y rey. Sin embargo, su misión más que regir y gobernar, consiste en «apacentar» al pueblo.

Segunda lectura: Colosenses 1,12-20

Nos ha trasladado al reino de su Hijo querido.

Nuestra lectura reúne dos textos distintos que, aunque forman parte de dos perícopas distintas, están relacionados entre sí, pues el primero funciona como introducción al segundo. Los vv. 12-14 pertenecen a una oración de Pablo por los cristianos de Colosas, mientras que los vv. 15-20 reproducen con ligeras variantes un himno de la iglesia primitiva, procedente quizás de la liturgia bautismal, que contiene una breve síntesis cristológica (cf. Flp 2,6-11). El himno exalta la figura de Cristo, su primado y su función de salvador y mediador en el universo y en la historia.

Los vv. 15 y 18 se corresponden: Cristo es la imagen de Dios, el primogénito de toda la creación; Cristo es el principio, el primogénito de los

muerdos. Gracias a esta correspondencia, podemos distinguir dos partes en el texto: la primera (vv. 15-18) se centra en la función cósmica de Cristo y la segunda (vv. 19-20) en su función salvífico-pascual. La redención es posible y realizable, porque el redentor y el creador forman una cosa sola. El trasfondo teológico del himno es de carácter sapiencial. Como la Sabiduría, Cristo es «imagen de Dios» (cf. Sb 7,26) que refleja perfectamente la misma realidad divina. Como la Sabiduría, Cristo es pre-existente a toda criatura (cf. Pr 8,22-26). Como la Sabiduría, Cristo conduce a los seres humanos hacia Dios (cf. Pr 8,31-36).

Evangelio: Lucas 23,35-43

Señor, acuérdate de mí, cuando llegues a tu reino.

En la página del Calvario (23,33-43), momento culminante de la Pasión, Lucas nos propone contemplar la realeza de Jesucristo desde la perspectiva de la cruz. Incomprendido de todos, menos del «buen ladrón».

Cristo Rey está clavado en la cruz. Lo acompañan dos malhechores, crucificados ellos también, uno a su derecha y el otro a su izquierda. El pueblo mira, silencioso y neutral, mientras las autoridades judías se burlan de Jesús y lo insultan como falso «mesías». En hebreo, la palabra «mesías» significa «ungido», y su principal connotación era la de «rey instituido por Dios». Al insultarle con esta palabra, las autoridades celebran inconscientemente su realeza, justo en el momento de su máxima humillación. A su manera, los soldados romanos también se burlan de él repitiendo lo que oyen. Preside la escena el título de la cruz: «Éste es el rey de los judíos». Equívoco sangriento y sublime a la vez. Para los romanos era una burla. Para los responsables de los judíos era un insulto. Para el creyente es el título que define a Cristo.

En estos momentos dramáticos se produce el milagro de la fe (recorremos que Lucas es el único evangelista que narra este conmovedor episodio). El «buen ladrón» reprende al compañero porque en el momento de la muerte no piensa en Dios, proclama que Jesús es inocente en contraste con su propia culpabilidad y, por último, le suplica un recuerdo, confesándole Rey en el más allá de la cruz: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino». Es la única vez en el Nuevo Testamento que una imploración se hace en el nombre de Jesús. Jesús rompe el silencio y le promete la salvación: «Hoy estarás conmigo (es decir, en mi reino) en el paraíso». Lucas resume en esta escena toda la espiritualidad de Pablo. La felicidad (el paraíso) es estar siempre con Jesús (Flp 1,23).

PROPIO DE LOS SANTOS

Todos los Santos

1 de noviembre

Primera lectura: Apocalipsis 7,2-4.9-14

Una muchedumbre inmensa, que nadie podía contar...

La segunda parte del libro del Apocalipsis (cap. 4–22) presenta una lectura teológica de la historia, en la que después de una breve introducción (4,1–5,14), se describen las fuerzas que intervienen en ella (6,1–17,17) y sus respectivas acciones (8,1–11,14). La tremenda lucha que se desencadena entre las fuerzas del bien y del mal (11,15–16,16) tiene un feliz desenlace, pues al final la victoria pertenece a Cristo (16,27–22,5), principio y fin de la historia. Con este libro tan sugestivo y a la vez desconcertante, el autor quiere transmitir un mensaje de esperanza a una comunidad cristiana que vive una situación de crisis de la que no sabe cómo salir. Nos encontramos a finales del siglo primero en tiempos del emperador Domiciano.

Nuestro fragmento, tomado de 6,1–7,17, contempla la historia desde el punto de llegada: la multitud de los salvados, en total 144.000. La cifra, formada por el cuadrado de 12 (número de las tribus de Israel) multiplicado por mil (número de la universalidad), indica la totalidad del pueblo de Dios.

Esta «muchedumbre inmensa» (mártires, santos, fieles del Señor), que ha pasado por el crisol de la gran tribulación («Han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero», v. 14), constituye un pueblo de sacerdotes que participan día y noche sin cesar en la liturgia celestial. Éste es el nuevo pueblo de Dios. Las vestiduras blancas significan su configuración con Cristo muerto y resucitado y las palmas que sujetan en las manos son el símbolo de la victoria (v. 9).

Segunda lectura: 1 Juan 3,1-3

Veremos a Dios tal cual es.

La primera carta de Juan, al igual que la segunda y la tercera, tiene por destinatarios a una o más comunidades (o a algunos miembros de las mismas), en las que se están infiltrando algunas doctrinas heterodoxas que amenazan la fe cristiana.

En nuestro breve fragmento (3,1-3), el autor invita a los cristianos a vivir como hijos de Dios. El amor de Dios es origen y fundamento de la filiación de los creyentes. Sin embargo, los discípulos tendrán la misma suerte del

maestro: «el mundo no nos conoce porque no le conoció a él» (v. 1). La transformación del creyente es un hecho del presente que alcanzará su manifestación plena en la última venida de Cristo (v. 2). Entonces viviremos la comunión de amor con el Padre en modo tal que nos pareceremos a él («seremos semejantes a él») y lo podremos contemplar/ver directamente, sin filtros, pantallas o intermediarios que nos entorpezcan la visión. Esta esperanza es la que mantiene firme al creyente y le anima a alejarse del pecado mediante la purificación de la mente y el corazón (v. 3).

Evangelio: Mateo 5,1-12a

Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo.

Mateo 5,1-12a recoge el célebre texto de las Bienaventuranzas. El leccionario lo propone en la solemnidad de Todos los Santos porque, de hecho, las Bienaventuranzas son la definición más completa y exigente de la santidad. Ahora bien, tengamos en cuenta que el evangelio no nos presenta figuras de santos para que se conviertan en modelos a imitar sino la persona con la cual ellos se han configurado, es decir, Dios. «Aprended de mí, decía Jesús, que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11,29). Si hay que imitar a alguien, ese es Jesús, el Hijo de Dios, nuestro único maestro.

Afligidos, sufridos, hambrientos y sedientos de justicia, misericordiosos, puros de corazón, constructores de paz, perseguidos por la justicia e insultados por ella son concreciones de la primera bienaventuranza, que es la bienaventuranza esencial: «Dichosos los pobres en el espíritu porque de ellos es el reino de los cielos» (v. 3). Aquí la pobreza es entendida en sentido bíblico, como una disposición global del ser humano al proyecto de Dios en la humanidad y en la historia, es decir, aquella realidad que Jesús llama «reino de los cielos» y que no todos consiguen entender.

Por todo esto, las bienaventuranzas no son un código de leyes cuya observancia escrupulosa garantiza la salvación al ser humano. Tampoco son una lista de deberes que los cristianos han de cumplir y presentar a Dios de manera exhaustiva, esperando su visto bueno y, si es posible, un premio. Al contrario, las bienaventuranzas no tienen nada que ver con la ley, el deber o la imposición, pues se sitúan en otro orden de cosas. Lo que Jesús propone es una actitud religiosa, una disposición interior, una entrega y generosidad totales, sin condiciones ni reservas, a los valores del evangelio, un crecer cada día en el amor. Éste es el camino que han escogido los santos.

Conmemoración de los Fieles Difuntos

2 de noviembre

Las lecturas de esta día se toman del Leccionario de Difuntos. Aquí ofrecemos una posible selección.

Primera lectura: Isaías 25,6a.7-9

El Señor aniquilará la muerte para siempre.

En la primera parte del libro de Isaías (1–39), conocida como el Primer o Protoisaías y atribuida al Isaías del siglo VIII aC, hay unos capítulos que forman un grupo independiente, al que se suele designar como «el gran apocalipsis de Isaías», aunque en realidad contiene poquísimos elementos del género apocalíptico. Nos referimos a Isaías 24–27, textos claramente postexílicos, obra de un autor desconocido.

Nuestra lectura forma parte del capítulo 25. Después de un cántico de acción de gracias y alabanza a Dios porque ha destruido «la ciudad de los tiranos» (probablemente Babilonia), liberando así a los pobres y desvalidos del yugo extranjero (vv. 1-5), sigue la descripción de un espléndido festín en el monte Sión (vv. 6-9). El Señor, reconocido como rey (cf. 24,23), prepara un gran banquete. Manjares exquisitos y vinos selectos para los invitados venidos de todos los pueblos de la tierra, sin distinciones ni privilegios (cf. 2,2-3). En el banquete se celebra el triunfo definitivo de la vida gracias a la intervención del Dios salvador que ha destruido la muerte (mortaja, sudario, llanto, duelo) y el oprobio de su pueblo. «Todos los pueblos» (universalidad) son invitados a la alianza «en este monte» (centralismo), en especial Israel que conserva un lugar privilegiado porque es «su pueblo», el pueblo del Señor. Así pues, el banquete, signo de comunión e intimidad, se convierte en escenario de liberación.

Segunda lectura: 1 Tesalonicenses 4,13-14.17b-18

Estaremos siempre con el Señor.

Esta carta, probablemente el primer escrito del Nuevo Testamento, se remonta al año 50 dC y fue escrita por Pablo para responder a algunos problemas surgidos en la comunidad de Tesalónica, entre los que destacan aquellos de carácter escatológico, o sea, los relativos a los acontecimientos finales de la historia humana: la parusía, el día del Señor, el juicio, el encuentro de los fieles con Cristo, la resurrección de los muertos.

Nuestro fragmento está tomado de 4,13-18 sobre la suerte de los difuntos. Siguiendo el ejemplo de Jesús (cf. Mt 9,24; Jn 11,11), Pablo se refiere

a los difuntos como «los durmientes», «los que duermen», subrayando así el significado cristiano de la muerte. La muerte no es el final del camino sino un largo sueño del que, pronto o tarde, se despierta. Por eso, ante la muerte los cristianos no deberían afligirse como los paganos que no creen en la resurrección ni en la vida futura (v. 13). El razonamiento del apóstol se funda en la muerte y resurrección de Cristo, misterio que marca el destino de todos los creyentes. La resurrección de Jesús y de los fieles culmina con la acción salvífica del Padre que llevará consigo a los que han muerto unidos a Jesús (v. 14).

Consciente de que se trata de un misterio insondable, Pablo intenta explicarlo lo mejor que puede y sabe por medio de imágenes de tono apocalíptico (vv. 15-17a omitidos por el leccionario). Ahora bien, la afirmación clave de todo el pasaje se encuentra en el v. 17b: «y así estaremos siempre con el Señor». Con estas palabras, el apóstol ha querido «consolar» a los Tesalonicenses que vivían nerviosos y angustiados por estas cuestiones.

Evangelio: Juan 11,17-27

Yo soy la resurrección y la vida.

Entre los milagros («signos» en el cuarto evangelio) realizados por Jesús, la resurrección de Lázaro encabeza la lista (11,1-44), no solo porque es el más extenso sino también, y sobre todo, porque es símbolo de la resurrección de Jesús. Su estructura es diáfana: una introducción histórica y una declaración clarificadora de Jesús (vv. 1-5); el diálogo de Jesús con los discípulos (vv. 6-16); el diálogo entre Jesús y Marta (vv. 17-27); el encuentro con María (vv. 28-32); la ida al sepulcro y la apertura de la tumba (vv. 33-41a); la resurrección de Lázaro (vv. 41b-44).

Nuestra página evangélica se concentra en los vv. 17-27 que constituyen el centro teológico de la narración. Después de una breve introducción con indicaciones de tiempo, espacio y personajes, el narrador nos cuenta el encuentro y el diálogo entre Marta y Jesús (vv. 17-20).

La confesión de Marta procede gradualmente: en un primer momento, demuestra su confianza en el poder taumatúrgico del Maestro (v. 21) y en el poder de su intercesión ante el Padre (v. 22); luego, sin entender el significado de las palabras de Jesús, las relaciona con su convicción religiosa de una resurrección de los muertos en el último día (v. 24), lo que provoca la auto-revelación de Jesús: «Yo soy la resurrección y la vida...» (vv. 25-26); y al final, Marta reconoce su divinidad con una solemne profesión de fe: «Sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios que tenía que venir a este mundo» (v. 27). La tradición joánica ha condensado en esta fórmula, en boca de una mujer (cf. la confesión de Pedro en Jn 6,68-69; Mt 16,16), una serie de títulos que expresan la fe cristológica de la comunidad.

La fe se ha despertado en el diálogo y confirmado en el signo. Marta ha creído antes del milagro.